



En torno a Borges, su mundo y una forma particular de comunicación

Reflexiones de una coleccionista de anécdotas

ESTA historia comienza cuando, un poco por casualidad, me convertí en coleccionista de anécdotas de Borges, con el fin de publicar un anecdotario. Durante varios meses, viajé mucha gente, me contaron muchas historias y tropezé, también, con resistencias y fracasos. De estas frustraciones y de la insistencia con la que se repetían ciertas situaciones alrededor del acto de contar o escuchar una anécdota, surgieron algunas hipótesis de trabajo sobre las características de este género.¹

El derecho de admisión

Maria Kodama me cuenta esta anécdota: "Estábamos en Egipto en un viaje no oficial, es decir, que éramos dos turistas más. Al llegar al hotel, Borges, que estaba agotado por el viaje, pide que nos suban él y los con los bañadores y refrescos. Al salir, nos van a la puerta y entran dos mozos cada uno con un plato en una bandeja. Borges pregunta: "¿Llegó el té, María?"

—No, Borges. Solo son dos mozos que han traído dos platos. A los pocos minutos hacen otra vez y entran otros dos mozos cada uno con una tina en una bandeja.

—Ah, ahora sí es el té, María?

—No. Dos que son otros dos mozos que han traído dos tinas.

—María, ¿Por qué no les explica a estos señores que el sistema binario no los va a llevar a nada buena?— contesta, finalmente María, Borges.

Breve, bastante resumida, con una rígida organización interna, la anécdota conserva —aun en su forma escrita— la constitución propia de aquellos relatos que serán percibidos por el oído y no por el ojo. Se hacen en algunas casas el término "anécdota" es usado como sustantivo de género o argumento, como género forma parte —si igual que el chiste o el cuento— de aquellos discursos que se manejan fieles a los mecanismos de circulación y transmisión sostenidos a la inversión de la imprenta: pervive, fundamentalmente, como práctica discursiva oral.

Trata de un suceso accidental, accesorio —de allí que se diga "esto es anecdótico"— pero curioso, fuera de lo común. En nuestro ejemplo, el hijo de Borges pasa a ser un hombre común y corriente en un ámbito que no es el habitual (Egipto). Sin embargo, en la constitución de la anécdota Borges reacciona como Borges. Es que el efecto anecdótico no consiste, según afirma Juan Carlos Lladari (2), en acentuar al personaje una propiedad nueva que antes no tenía sino, por el contrario, reafirmar una identidad que se percibe inalterable: se fortalece el mito, que llamamos la bondad de Borges. En este caso también, y a pesar de que el anecdotario borgeano parecía filializado —solo con los relatos de mis amigos y de los amigos de mis amigos (trictura) se formaban constataciones abiertas que se normalizan al infinito—, en realidad, se trata de una cantidad limitada de combinaciones posibles que, una vez agotadas desde el punto de vista estructural, solo pueden volver a repetirse.

Como práctica discursiva oral, sin embargo, la anécdota tiene, además de la función de ventilar el mito, una función de discriminación. Mucha gente critica a Borges se argo a contarme sus anécdotas: el propietario se reserva el derecho de admisión.

El sobreentendido como garante

Diego Yanover me confía: "Hace un tiempo me encontré en Avenida de Mayo con Francisco GIL, un viejo vendedor de libros de El Ateneo. Borges le había pedido que le hablara todo a visitar dos funcionarios del Ministerio de Cultura para ofrecerle un aula que él iba pero Borges le explicó que él no lo necesitaba.

—Pero Borges, usted es riego, con un aula puede desplazarse más libremente.

—Es que mis amigos se encargan de llevarme y traerme. Gracias— contesta Borges.

—Borges—insiste el funcionario—no sea tonto. Piense que si usted no le toma lo va a aprovechar cualquier otro que lo necesite menos que usted.

—Bueno—le contesta Borges—, en un país donde hay tantas vietas es bueno también que haya algún tonto.

Anécdota, significa, etimológicamente, inclusión su raíz lleva el estigma de lo privado, de la circulación restringida del discurso tribal, del "entre nos". El sobreentendido es, por lo tanto, un aspecto constitutivo del género. Lo no dicho determina la posibilidad de producción/recepción y circulación de la anécdota en la medida en que, alrededor de él, se constataren los interlocutores. La anécdota de Egipto puede ser comprendida por aquellos que hablan el mismo que hablan (o conocen) —y reconocen— allí — las estrategias discursivas borgeanas. Fuera de este campo el relato carece de toda eficacia que en el vacío. La anécdota del funcionario, en cambio, puede ser comprendida por aquellos que siempre nunca haya leído a Borges. La anécdota requiere de un contrato tácito entre los interlocutores y tiene como garante al sobreentendido. Su palabra no es dispersa sino selecta. La zona de circulación de una anécdota tiene sus fronteras delimitadas por aquellos que —numerosos o no— comparten un mismo universo referencial aludido y aludido, por aquellos que conocen y evalúan una situación de la misma manera, por aquellos cuya contracción es un saber común.

Por otro lado, ser propietario de una anécdota (por lo menos de Borges, haría falta verificarlo en otros casos) es poder —y hacer un monopolio— de cierto poder. Poder que decrece en orden jerárquico: ser participante de la anécdota, ser testigo, ser el difusor, el difusor, etcétera, hasta la protesta ferrea persona del imperial "me confíen" o "se dice". Ser propietario de una anécdota es tener la autoridad para discriminar y acceder al paisaje de la recepción. Al mismo tiempo que se narra, se designa los interlocutores y se legitima la pertenencia a un grupo: se garantiza así la "rigidez" del sistema de propiedad y circulación de la ané-

dota y sus condiciones de recepción tribal. A tal punto el emisor es poseedor y "representador" (en la autoridad que le delegan sus propietarios) que resulta inevitable la dramatización del personaje Borges en el relato de una anécdota, sobre todo en la que respecta a reproducir el tono de la voz y su forma de hablar. De por, así, en escena el pacto según el cual el emisor es "mediador" (disciplinado por sus receptores cuando valdier satisficados) de un bien del que simular ser —según se estipula en el contrato— su legítimo propietario. No trata, en realidad, de "bien de familia" que comparte el grupo pero que oculta su origen de propiedad: es mejor lo que se oculta el consentimiento posesión y delegación.

El placer de escuchar una anécdota no reside tanto en el efecto sorpresa (como en el chiste) sino en la repetición, en la verificación de lo ya sabido en nuestro caso—comprender la bondad de Borges. En el placer que produce el metódico reconocimiento —oblicuo e indirecto— de lo "terreno" a través de lo anecdótico. La anécdota es uno de los instrumentos a través del cual se logra que acciones o eventos —cuando suceden en formación— o ya constituidos, pasen a ser recordados, parte indisoluble del imaginario social, reactualizando en su eterna repetición (como las entradas de Prometeo al bajar a los dogmas, valores y actores socialmente aceptados, instigación).

Es un discurso de control. Fija, ordena. Propone las imágenes que permanecerán en la memoria: podemos no saber mucho sobre la reina Isabel la Católica pero todos recordamos la anécdota de la venta de joyas para el viaje de Colón a España.

La misma función —la de asegurar la homogenización del imaginario social, la de controlar la pervivencia y la reproducción de los mitos— tiene cuando aparece (ya en forma escrita) en relación con otros textos. Siempre como paratexto (en el discurso periodístico, en el histórico, en el libro de lectura o en la biografía), siempre relegada a los espacios marginales de la página del recuerdo, en el fuerte, el pie de página en cuerpo menor, en el libro de historia parece ocupar un lugar subsidiario. Sin embargo, cuida, confirma, designa una interpretación unívoca que el otro texto —el periodístico, el histórico— no puede hacer explícita sin provocar cierta esclandalo.

El lector también suscribe a un contrato en el espacio comunicativo central se vehicula información, pero es un texto invisible, lo que allí se dice puede someterse a cuestionamientos, a reflexión. En cambio, la anécdota, desde su lugar periférico —intencionalmente al oído por su misma característica de accesoriedad— es la zona del resurgido. Discursa embellecido que acepta lo que el otro desea —lo ficcional—, establece (por su relación estructural con el otro texto) una consensual distinción con los blancos y negros del discurso central. En el ámbito donde se asientan las evaluaciones sociales, culturales, generacionales, etcétera, donde se requiere toda interpretación cuestionadora, se reafirma el mito, tradicionalmente —o en forma más "realista" pero sí en forma más elocvente— un puente con la "realidad".

La pregunta que empieza a formularse, ahora, es qué sucede cuando la anécdota rocea y se independiza como pieza literaria. La respuesta quizá pueda empezar a buscarse con Marcela y la generación del '30 en el medio de la charla, del "Entre nos...". Pero, como suelen decir los contadores de anécdotas, eso es otra historia.

Telma Luzzani

(1) Véase un trabajo presentado en el Congreso Nacional de Sociología, Universidad Nacional de San Juan, 29 de agosto de 1987.
(2) Véase, Juan Carlos Lladari, Revista "Lenguaje" Nº 4, Buenos Aires 1982.



Reflexiones de una coleccionista de anécdotas [artículo] Telma Luzzani.

Libros y documentos

AUTORÍA

Luzzani, Telma

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reflexiones de una coleccionista de anécdotas [artículo] Telma Luzzani. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile